

ARTÍCULOS DE REFLEXIÓN

REFLEXIONES PEDAGÓGICAS ¿SÓLO SUEÑOS?

Nora Aneth Pava Ripoll*

RESUMEN

Toda institución educativa manifiesta realidades diferentes, responde a ideales planteados y expresados en diferentes medios: visión, misión, proyecto educativo institucional (PEI), entre otros. Paradójicamente, no todos las personas que, de una u otra forma, tienen que ver con el sistema educativo conocen, ni mucho menos, comparten, esos ideales institucionales. Es por esto que en este artículo se plantean algunos interrogantes sobre la manera de entenderlos desde la perspectiva de unos y otros actores, de las formas de evaluación que niegan o apoyan la realización de los mismos y, finalmente, de las reflexiones pedagógicas que son necesarias implementar para abrir paso a la realización de esos sueños.

Palabras clave: *práctica pedagógica, sistemas de evaluación, escuela, docentes, realidad educativa, ideales pedagógicos.*

UNA REALIDAD INSTITUCIONAL

Efectúe una cuidadosa lectura de las siguientes frases: inquietudes que van y vienen, reflexiones que surgen de los procesos pedagógicos, posibilidades y resistencias a los cambios, diferentes ritmos de aprendizaje, diversos estilos de enseñanza, esfuerzos constantes por cualificar

los procesos de enseñanza, participantes activos, participantes pasivos, protagonistas que no asumen su papel, democracia o autocracia, dinámica institucional o anquilosamiento, grandes sueños por formar los mejores profesionales del país. Todos estos, pueden parecer elementos para un guión actoral, o tal vez, para la elaboración de un discurso político; pero en realidad, pertenecen a las cons-

Recibido para evaluación: Octubre 25 de 2003. Aprobado para publicación: Mayo 24 de 2004.

* Fonoaudióloga Magister en Educación y Desarrollo Humano. Docente Facultad de Ciencias de la Salud, Universidad del Cauca.

tantes dinámicas que enfrenta toda institución educativa, y qué no decir, una Facultad de Salud de una Universidad Pública, donde se ponen en juego todas las habilidades y destrezas de profesionales que enseñan, pero que no fueron preparados específicamente para enseñar; de estudiantes que aprenden, con la sola intención de obtener su título, o algunos quizá, con la intención de ser los mejores en lo que hacen.

Hoy en día, en toda institución educativa se plantean retos, existen discordias, consensos, problemas, pretensiones, pero sobre todo, existen sueños, que a lo mejor, sin darnos cuenta, son la carta de navegación. Pero, ¿qué soñamos para la Facultad?, ¿buscamos hacer realidad esos sueños?, ¿cómo se materializan?, ¿son esos sueños comunes o individualizados?

UNA PARADOJA SOBRE LOS “SUEÑOS EDUCATIVOS”

Los sueños, ideales planteados por los hombres, los encontramos siempre a la vuelta de la esquina, debajo de nuestras sábanas o envolviendo nuestros actos. Somos soñadores por naturaleza, lo inventamos todo: tormentas, esencias, paisajes, discordias, angustias. Nada de lo que nos rodea hubiera existido si el hombre no lo sueña primero. Soñamos con mundos perfectos, con transformar nuestro entorno, con ser mejores seres humanos; soñamos con escuelas ideales, con prototipos de maestros, con espacios que nos permitan la construcción y el entendimiento; soñamos con compartir nuestros sueños, con que esos sueños se aproximen más, soñamos..., hasta con llevar a cabo esos sueños.

El niño fantasea su universo como un universo donde se deleita y a la vez se forma. El joven sueña, tal vez, con no parecerse al adulto, con ser diferente, y quizás por eso utiliza un lenguaje distinto y se viste de manera estrafalaria. El adulto, ese joven que “madura”, no por dejar de ser niño o joven, deja de soñar.

Y así, en ese transitar entre sueños y fantasías, soñamos también nuestra escuela. La sueñan los profesores, la sueñan los estudiantes, la sueñan las familias, la sueña el gobierno. Pero, ¿qué escuela soñamos?, ¿una escuela que fomente la participación, el diálogo y el entendimiento?, ¿una escuela que no niegue nuestra cultura sino, por el contrario, que la recree a través de la identidad?, ¿una escuela que forje personas de cambio, fascinadas por el aprender y por la ciencia?... ¿una escuela de todos y para todos?.

Esos sueños inventados por todos, a veces en forma conjunta y ruidosa, otras en forma silenciosa e individual, no han iniciado aún si quiera su realización; por el contrario, cada vez se fortalecen más cómo sueños, como fantasías y menos como realidad. Una realidad que, de llegar a ser, va a permitir disfrutar vivencias maravillosas, rescatar saberes diversos, encantarnos con lo que tenemos y, en últimas, construir ese mundo ideal.

Hoy, cada institución educativa vive también su sueño, hace parte de esa historia transformadora y emprendedora a la cual nos vemos abocados y en la que estamos inmersos, algunos, por convicción propia, otros simplemente por acogerse y estar sujetos a las leyes que regulan la conducta. Estas leyes fueron creadas con pretensiones de guiar el actuar de las instituciones educativas; de fortalecer la construcción de valores, tradiciones, mejores formas de vida, ideas espirituales y materiales que propendan por una convivencia armónica en la búsqueda de una verdadera democracia; pero en últimas, no han sabido llegar al corazón de los actores de los procesos escolares, o tal vez, quienes la han recibido con los brazos abiertos, no han encontrado eco en la ideología, sedimentada ya, de una educación tradicional y autoritaria.

Estos sueños, planteados de manera clara por las instituciones, no surgen de la nada, al contrario, son producto de una realidad tangible, palpable, pero quizás no la mejor realidad; por eso existen los sueños y por eso nos asimos a ellos como las tablas de salvación que nos permitirán navegar hasta llegar a un mejor puerto, con una realidad acorde a nuestros pensamientos, pero claro está, no sin antes haber trabajado arduamente para lograrlo.

SER MAESTRO: UNA PERSPECTIVA HISTÓRICA

El sistema educativo colombiano tiene un pasado innegable; es bien sabido que el maestro ha jugado y juega un rol imprescindible dentro de ese sistema, y como tal, ha formado parte de la evolución histórica del mismo. Nos gustara o no, una de las funciones principales de las instituciones educativas era la de custodiar. Como consecuencia de esto, la responsabilidad primordial de los maestros ha sido la de ser buenos cuidadores, la de velar porque se conserve la disciplina, la de mantener a los jóvenes ocupados, la de instruir a los alumnos. Por tal motivo, la enseñanza ha sido tomada como un sinónimo de conferencia, donde prima el escuchar.

Hoy en día, el profesor es un profesional y, por tanto, tiene otra visión. Los maestros comparten ideales comunes a cerca de lo que constituye una buena enseñanza y un aprendizaje efectivo; describen sin vacilar la sala de clases "ideal", la escuela que sueñan. Es evidente un cambio de paradigma. Sin embargo, el docente no es el único que sueña la escuela. Los jóvenes, de igual manera, como protagonistas de este proceso, también tienen sueños, no sólo sobre su escuela, sino sobre sus maestros.

Realizables o no, los sueños de los jóvenes, planteados desde sus deseos de hacer del aprendizaje un recrear constante, estarán siempre ahí presentes. Nadie fantasea con más facilidad que ellos y nadie, más que ellos, esperan con mayor seguridad que sus sueños se cumplan.

Pero nuestra escuela vive una realidad distinta, se convierte en castradora de todos esos sueños. Cuando llega a la institución educativa, cada joven sueña con desplegar todas sus cualidades creativas, con desarrollar su propio pensamiento, pero de pronto se encuentra con un salón enorme, sin ambiente acogedor, que poco incita al aprendizaje. Ningún espacio menos propicio para dar continuidad a la actividad más noble y compleja del hombre: *la actividad intelectual*, que un salón dotado de sillas y pupitres iguales, incómodos, monótonos, uniformes, alineados y con pocas posibilidades de aislar el ruido externo. Aún con este paisaje se pretende crear pensadores libres, con tendencia al cambio y a la transformación social, cuando la misma estructura obliga a dar continuidad a esa uniformidad que ha primado en la sociedad durante siglos.

La institución educativa, encargada de impulsar los procesos reflexivos del hombre, de desarrollar su inteligencia, casi sin darse cuenta, se desvanece en el aire y, por el contrario, se consagra a subdesarrollarlos, a destruir esa potencialidad creadora, a ritualizarla. Se conceden recompensas a los alumnos que mejor se adaptan, a los que complacen a sus profesores o hacen sus actividades con rapidez y pulcritud; pero a la vez se les exige independencia, pensamiento libre, autonomía, reflexión y criticidad, ya que son estas las actitudes que los conducirán a la realización personal y a la transformación social. Esta ambivalencia entre la realidad y el ideal muestra un sistema educativo que tiene planteadas aspiraciones claras pero que hace exactamente lo opuesto. Es realmente imposible que un joven pueda aprender a pensar libremente si se le educa para lo contrario.

UNA ¿TRADICIÓN EVALUATIVA?

Se acostumbra a los estudiantes a actuar por una recompensa: los que responden a los exámenes de manera satis-

factoria tienen buenas notas, los que simplemente aprueban reciben una nota más baja y los demás reprueban. Es poco lo que está previsto para esas diferencias individuales que son parte de la realidad, y para esa riqueza de experiencias previamente adquiridas. ¿Por qué se supone que todos asimilarán la información de la misma forma y con igual rapidez? Se habla de diferentes ritmos de aprendizaje y, sin embargo, se termina tratándolos y exigiéndoles a todos por igual. Los docentes se empeñan en que todos sus alumnos se adapten a las mismas normas; se les enseña a pensar y actuar de la misma forma. Pero si todos jóvenes fueran iguales, ¿qué de nuevo podrían ofrecer al universo?

Esta lógica educativa, entonces no solamente debería tener como fin unas notas. El conocimiento debe ser un estado interno, que proporcione satisfacciones; y no un estado externo, medido cuantitativamente. Una nota puede significar únicamente adaptación y termina guardando poca conexión con lo real, se responde exclusivamente a un momento, se sigue el juego académico. Seguramente, quienes obtuvieron buenas notas hoy, en un año podrán reprobar los mismos exámenes, e irónicamente y con frecuencia, quienes saben jugar ese juego académico, están en realidad mal preparados para enfrentarse al mundo. Sin proponérselo, nuestro sistema educativo está cultivando cierto tipo de mediocridad: trabajar y esforzarse sólo cuando hay una recompensa.

El estudio debería tener otro tipo de recompensas, las internas, las que no se encuentran en unas notas. Esas recompensas consisten, por ejemplo, en conocer y comprender la vida a través de los escritores, en la fascinación por el leer, por perderse en un artículo, en un cuento o en una novela, por experimentar lo que han pensado otros, acceder a diversas visiones del mundo; en escribir, para querer ser parte de la historia, en el deleite manifiesto al expresar sus propias ideas, pretender dejar huella; en últimas, en el goce y la satisfacción personal que implica el leer y el escribir. Sólo así se aumentaría la motivación y se disminuiría la apatía del estudiante.

Cada alumno entonces, debería enfrentarse a las evaluaciones, no sólo para ver lo que ha aprendido, sino para recrearlo. Significa que no hay estigmas por ser más lentos en el aprendizaje de un tema, significa una satisfacción interior, además de una buena nota. Cada estudiante tendrá la libertad para desarrollarse en terrenos de interés personal, para aceptar el reto de enfrentarse a temas difíciles sin miedo al fracaso, así unos demoren más tiempo que otros. Se debe dar espacio al error, a la ambigüedad, sólo así se forjarán las sensibilidades que sabrán cultivar en las crisis y construir de la nada.

Si reconocemos estas diferencias –y no se trata sólo de reconocerlas, sino de aprender de ellas– estamos, a través de la educación, concediendo al otro su posibilidad para ser él mismo, comprendiendo esa riqueza particular, a la vez que se fortalece la sociedad y nuestra identidad cultural.

En esta medida, en nuestras instituciones educativas, como lo plantea Sara Victoria Alvarado:

“...se hace imperativo el realizar procesos pedagógicos que faciliten la evolución del alumno de estadios inferiores hacia estadios superiores del desarrollo cognitivo, afectivo y valoral; esto implicará superar los métodos educativos basados en la transmisión de información, en la memorización, en la repetición, en la solución de problemas de manera particular como el profesor espera o como está establecido en el libro de texto, para avanzar hacia estrategias educativas orientadas a la construcción de conocimiento, a la aceptación del error como punto de partida de los aprendizajes, a la construcción de significados valorales y culturales propios. Es necesario orientar los aprendizajes específicos de la escuela al desarrollo de un pensamiento crítico en el alumno, un pensamiento que admita la pluralidad de opciones y la divergencia en los procesos de construcción del saber”.¹

Es decir, la escuela debería preocuparse más por formar seres integrales (no uniformes), por labrar vocaciones, por seducir al aprendizaje, por cultivar el amor por lo diferente, y no por la dispersión de genialidades, que parecen hoy, escapadas como estrellas fugaces, de ese universo totalizante y absorbente en que se ha transformado la educación.

LA FAMILIA: OTRO ACTOR IMPORTANTE

Así mismo, la familia juega un papel protagónico. Cuando el joven ingresa a la institución educativa, trae consigo una historia, una cultura incorporada por su vivencia familiar; se convierte entonces la institución en una confluencia de diversidad de tradiciones, clases sociales, estados nutricionales, problemáticas variadas, que hacen evidente

la heterogeneidad de los grupos y la multiplicidad en los ritmos de aprendizaje.

La diada institución educativa – familia incide, consciente o inconscientemente, en la variación de los códigos socio-culturales que se manejan en un contexto particular; por lo tanto, debe estar enmarcada en la realidad social, cultural, política y económica, no sólo de la región, sino del país.

EL SENTIDO DE LO PEDAGÓGICO EN ESTA REFLEXIÓN

Toda esta realidad hace que cada institución educativa se aferre más a sus sueños y surgen entonces interrogantes como: ¿qué modelo pedagógico se sueña?, ¿cómo hacer que la investigación se articule con la cotidianidad del estudiante?, ¿somos conscientes de la necesidad de un cambio que permita, no la transmisión, sino la construcción del conocimiento?, ¿se ha reflexionado pedagógicamente sobre el sentido de la práctica de pedagogías diferentes a la tradicional? O, tal vez algo más perturbador ¿estamos siendo “convidados de piedra” en el proceso educativo que nos corresponde?, o ¿hay temor frente al desplazamiento de la autoridad y el poder?

La heterogénea combinación de estos elementos, vislumbra un panorama confuso, y si no reconocemos esa gran capacidad y esa vasta potencialidad con la que cuentan todos los actores de los procesos educativos, estaríamos entonces, negando toda posibilidad de realización de esos sueños. Se necesita de una reflexión pedagógica muy fuerte, en donde se asuma realmente conciencia de cambiar e innovar, porque la escuela no debe seguir cortando las alas a los aprendizajes; por el contrario, debe fortalecerse en la diversidad y en la interacción dialógica que permitan comprender y recrear nuestra cultura.

Un ideal pedagógico de esta trascendencia proporcionará las bases para la transformación de la educación, haciendo que la escuela sea un despertar de individualidades y colectividades, para forjar futuros mejores. Desde esta concepción se hace necesario fomentar la promoción de relaciones cada vez más horizontales y dialógicas.

1 ALVARADO, Sara Victoria. Documento mimeografiado: Desarrollo Humano: Perspectivas de abordaje. Bogotá, 1992. p. 19-20

